

# La Crucifixión de Jesús

---

3



# La Crucifixión de Jesús

---

## Introducción

La realidad de la vida no es siempre como queremos o esperamos. Hay situaciones que nos descentran, nos zarandean y nos hacen sufrir. A lo largo de nuestra vida a veces nos hemos sentido derrumbados, sin saber por dónde salir...

En nuestro recorrido acompañando a Jesús llegamos a sus últimos instantes. Cuando Jesús se ve solo, abandonado por todos, cercado por sus enemigos. ¿Cuál es su actitud?

*Animador:*

*En el nombre del Padre, y del Hijo (+) y del Espíritu Santo.*

**R/.** Amén.

En los momentos de alegría o en los momentos de sufrimiento  
no pases desapercibido, Señor.

Que te sepa encontrar en la certeza de que tú siempre me acompañas.

A veces parece que te escondes, que te quedas en silencio,  
pero sé que sigues ahí, envolviendo mi fragilidad  
y mis dudas en tu sola presencia.

Ayúdame a descubrirte también,  
cuando en mi vida hay oscuridad y angustia.

Que no dude nunca de tu bondad de Padre.



Escuchamos la Palabra de Dios. Hacemos un momento de lectura orante de la Biblia. En actitud de oración, dejamos que la Palabra nos ilumine y nos renueve. En presencia de Dios, hacemos una lectura reposada del texto.



## Lectura del santo Evangelio según san Marcos *Mc 15, 21-47*

**L**os soldados se lo llevaron al interior del palacio —al pretorio— y convocaron a toda la compañía. Lo vistieron de **púrpura**, le ponen una **corona de espinas**, que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo: «*¡Salve, rey de los judíos!*». Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron; y, doblando las rodillas, se postraban ante él. Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacan para crucificarlo. Pasaba uno que volvía del campo, Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo; y lo obligan a llevar la cruz. Y conducen a Jesús al Gólgota (que quiere decir lugar de «la Calavera»), y le ofrecían vino con mirra; pero él no lo aceptó.

Lo crucifican y se reparten sus ropas, echándolas a suerte, para ver lo que se llevaba cada uno. Era la hora tercia cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación estaba escrito: «El rey de los judíos». Crucificaron con él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. [«Así se cumplió la Escritura que dice: “Lo consideraron como un malhechor”»] Los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: «Tú que destruyes el templo y lo reconstruyes en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz».

De igual modo, también los sumos sacerdotes comentaban entre ellos, burlándose: «A otros ha salvado y a sí mismo no se puede salvar. Que el Mesías, el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos». También los otros crucificados lo insultaban. Al llegar la hora sexta toda la región quedó en tinieblas hasta la hora nona.

Y a la hora nona, Jesús clamó con voz potente:

— Eloí Eloí, lemá sabaqtaní (que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»).

Algunos de los presentes, al oírlo, decían: «Mira, llama a Elías». Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber diciendo: «Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo». Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró. El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios».

Palabra de Dios.



## Comentario

Nos encontramos ante los momentos más duros de la vida de Jesús: cargar con la cruz, sufrir el tormento de la crucifixión, las burlas de todos y su muerte. Sin embargo, el evangelista Marcos lleva a cabo una narración de un modo muy sencillo y escueto, que permite al lector meterse dentro de la escena, como si él mismo fuera parte del acontecimiento.

Jesús inicia su particular “*vía crucis*”, saliendo fuera de la ciudad, de su propio pueblo, cargando con la cruz para ser crucificado en el lugar, llamado Gólgota. En este camino de dolor, aparece la figura de un personaje denominado Simón de Cirene, que es obligado por los soldados a cargar con la cruz de Jesús.

A continuación, se narran de un modo breve y sobrio cinco acontecimientos: le crucifican, se reparten sus ropas, la hora, el epígrafe de la cruz y los compañeros de ejecución.

La crucifixión no se describe, ni se afirma nada sobre el crucificado, es decir, sobre sus sufrimientos, sus reacciones, sus palabras...

Los soldados se reparten sus ropas, como era costumbre en aquella época con los que eran crucificados. Aunque no aparece de un modo explícito, hay una mención al *Sal 22, 19*, y se caracteriza, por tanto, a Jesús como el justo sufriente. Quitar las vestiduras, la desnudez significaba en aquella cultura arrancarle a una persona su dignidad; lo cual pone de manifiesto que Jesús, desnudo en la cruz, ha sido totalmente rebajado, se le ha despojado de su honor, de su dignidad, ha sido humillado.

A partir de ahora, el lector es invitado a vivir el momento final de la vida de Jesús, contando las horas, de tres en tres. Seguir un esquema horario se inspira en el lenguaje apocalíptico, que narra los acontecimientos finales antes de la llegada del Día de Yahvé, contando las horas inmediatas. El



Día de Yahvé se caracteriza porque Dios vencerá a los enemigos e instaurará su reino. De este modo, Marcos sugiere que el momento de la muerte de Jesús pertenece a la consumación final y forma parte del plan de Dios.

La primera hora que se menciona es la hora tercia, en torno a las nueve de la mañana. En este momento, Jesús es crucificado, en la cruz colocan un epígrafe y se dice que lo acompañaban dos bandidos.

El título de la cruz evoca la realeza de Jesús que se hace presente, de un modo irónico, en el momento de mayor debilidad y humillación humana.

Jesús no muere solo, pero no serán precisamente sus discípulos quienes les acompañen, sino dos ladrones. Los discípulos, durante la vida pública de Jesús, se habían peleado por estar a izquierda y derecha del Maestro (10,37), pero ahora, ellos han desaparecido, lo han abandonado.

Y en medio del sufrimiento se burlan de Jesús los transeúntes, las autoridades religiosas y los dos crucificados. Las burlas giran en torno a los dos motivos de la condena de Jesús: las palabras sobre la destrucción del Templo y su presentación como Mesías. Ante estas provocaciones Jesús no responde nada. Quizá lo más duro de este momento es descubrir cómo Jesús, en los peores momentos de su vida, se ha quedado solo, rodeado por la burla y el desprecio de incluso hasta de los dos ladrones que le acompañan en el mismo suplicio.

Jesús está sufriendo enormemente, por el dolor de las heridas y la dificultad para respirar, aunque el evangelista no pone en labios de Jesús, aún, ninguna palabra, ni comenta sus emociones y sentimientos. Por eso, la hora sexta es de oscuridad y tiniebla no solo en la vida de Jesús, sino en toda la región.

La hora nona se inaugura con las únicas palabras que Jesús pronuncia en la cruz, según el evangelista Marcos. Se trata de un grito fuerte, mencio-





nando el inicio del *Sal 22*. **Parece como si la tiniebla que había inundado toda la región, asolase también ahora el alma de Jesús. Jesús reza este salmo en el que se destaca el sentimiento de desconcierto o abandono de Dios que termina con un canto de confianza plena en el Padre.**

Jesús no bebe el vinagre que le ofrecen, sino que lanza un grito y expira. Sería como un grito desgarrador, desconsolado ante tanto sufrimiento humano y sintiendo que la vida se le escapa.

El verbo utilizado para expresar que Jesús expiró hace referencia al Espíritu. Jesús al morir nos entrega su Espíritu. Jesús había comenzado su vida pública al descender sobre él, en el bautismo, el Espíritu y la finaliza cuando sale de él. De este modo se subraya que la vida de Jesús transcurre en el Espíritu.

La escena finaliza, a modo de epílogo, indicando dos consecuencias de la muerte de Jesús. Se trata de dos hechos distintos, pero relacionados. En primer lugar, el velo del templo se rasga de arriba abajo. Jesús es el que destruye y edifica el templo, el que con su muerte lo ha quedado al descubierto porque lo invisible de Dios se hace visible.

La confesión del centurión, manifestando que Jesús es el hijo de Dios, destaca que en la cruz se revela realmente quién es Jesús. No podemos olvidar que la pregunta sobre la identidad de Jesús es constante en todo el evangelio de Marcos. Llama la atención que esta confesión de fe se ponga en los labios de un pagano, mientras los más cercanos, los discípulos, han huido.

En síntesis, la muerte de Jesús expresa el abandono y desprecio de la humanidad, la confianza de Jesús en Dios Padre y el momento de la revelación de Jesús como Hijo de Dios. La cruz entonces es entendida en clave de victoria, de causa de nuestra salvación.



## ¿Qué nos dice Dios por medio del texto en nuestra situación?

No leemos la Biblia para saber más cosas sino para acercarnos a la Palabra de Dios y dialogar con ella. En la meditación nos preguntamos: ¿Qué me dice Dios a mí a través de este texto? Cada uno individual y comunitariamente nos dejamos interpelar y examinar, pues no se trata de unas palabras pronunciadas en el pasado, sino dirigidas a nosotros hoy, encontrando en ella luz para nuestro camino de fe.

Hemos seguido a Jesús en su camino a la cruz y vamos a centrar nuestra atención en las últimas palabras de Jesús que experimenta la oscuridad de la muerte y aun el alejamiento de Dios que esta lleva consigo. Desde la cruz clama con voz fuerte: **«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»**.

**¿Puede ser verdad que Jesús pensase que su Padre lo había abandonado?** Según el relato, parece que Jesús se sintió abandonado. Es razonable imaginar que en ese terrible momento sintió como si su Padre estaba ausente. La noche de antes se había entregado totalmente a lo que el Padre le había enviado, ahora se pregunta: ¿Dónde estás?

En la cruz Jesús usa un término más formal para dirigirse a Dios. El sentimiento de distancia que sintió nos desconcierta. ¿Cómo pudo Él que había disfrutado de una relación tan íntima con el Padre sentirse abandonado?

Tengamos en cuenta que si está llamando a Dios es porque aún mantiene relación con Él. Jesús, en medio del dolor físico, no se desespera. Mantiene una relación con el Padre, invocándolo desde la cruz. Se ha visto abandonado por sus amigos y afronta una muerte inminente.



Cuando nos vemos envueltos por problemas, cuando nos preguntamos dónde está Dios, cuando nuestra oración va acompañada de dudas y oscuridad, cuando parece que perdemos la esperanza en Dios, estamos dirigiéndonos a alguien, a Cristo crucificado, que es plenamente humano y plenamente divino: alguien que nos comprende plenamente.

El Viernes Santo fue el último día de la vida de Jesús. Pero su vida no fue todo sufrimiento y dolor. La mayor parte de su vida pública estuvo marcada por la alegría y la misericordia. Sin embargo, como hemos visto en estas sesiones, Jesús sufrió los dolores físicos y emocionales propiamente humanos. Cuando nos vemos envueltos por problemas, **cuando nos preguntamos dónde está Dios**, cuando nuestra oración va acompañada de dudas y oscuridad, cuando parece que perdemos la esperanza en Dios, **estamos dirigiéndonos a alguien, a Cristo crucificado, que es plenamente humano y plenamente divino: alguien que nos comprende plenamente.**

*¿Qué significa esto para ti?*

*¿Has encontrado más profundamente a Jesús?*

*¿Qué te ha sorprendido más de este pasaje? ¿Qué te ha llevado a sentirte más cerca de Dios en Jesús? ¿Cómo te ha cambiado el reflexionar sobre el sufrimiento de Jesús?*

Jesús sufre la muerte con una confianza en Dios, su Padre, abandonándose en sus manos. Jesús utiliza el primer versículo del salmo y, con ella, el significado entero del mismo para invocar a gritos a Dios y expresar su confianza en Él.

# RELIQUIA DE LA PASIÓN



*Lignum Crucis*



# RELIQUIA DE LA PASIÓN

## **La historia**

La Catedral de Valencia conserva varios fragmentos de la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, y uno de ellos es muy notable por su tamaño, pues, en su origen, sería un listón de madera de unos 80cm de largo que ahora está distribuido en forma de cruz patriarcal.

Esta reliquia llegó a la Catedral formando parte del depósito del relicario de los reyes de Aragón que hizo en ella el rey Alfonso V el Magnánimo en el año 1437. Este gran *Lignum Crucis* (árbol de la Cruz) fue llevado a Avignon desde Roma y allí fue entregado por el papa Benedicto XIII al rey de Aragón Martín I el Humano, que le había socorrido en un momento de gran peligro, dentro de las luchas causadas por el Cisma de Occidente en los siglos XIV y XV.

La historia de la Vera Cruz comienza cuando la madre del emperador Constantino, santa Helena, recorrió la Tierra Santa entre los años 325 y 327, localizando y exponiendo a la devoción de los peregrinos los lugares donde estuvo Jesús, como la cueva de Belén, la casa de la Virgen en Nazaret y el monte Calvario y el Santo Sepulcro en Jerusalén. Según los historiadores de la época, en una cisterna se encontraron tres fragmentos de madera y uno de ellos fue identificado como el brazo izquierdo de la cruz del Señor, pues tenía la señal de un clavo y tenía adherido el rótulo con la inscripción "Jesús Nazareno, rey de los judíos" en hebreo, latín y griego.

La emperatriz dividió la reliquia primero en dos secciones, pero luego se debieron cortar varios listones de este madero, de los cuales se conservan tres grandes fragmentos que están en Roma, Santo Toribio de Liébana (Cantabria) y Valencia; el resto se ha perdido o está fragmentado en pequeñas astillas repartidas por todo el mundo.

# RELIQUIA DE LA PASIÓN



## ***Lo que nos dice esta reliquia***

El Santo Cáliz de Valencia, la Sábana Santa de Turín, los clavos que se conservan, las espinas de la corona,... son testigos mudos de la Pasión del Señor; ellos nos dicen que aquello ocurrió realmente, en un lugar y en un tiempo concreto. Se trata de objetos que se encuadran perfectamente en las costumbres de aquella época y nos recuerdan el cuidado y la devoción de quienes quisieron conservarlos para la posteridad.

Concretamente, la reliquia de la Cruz nos debe hacer pensar, en primer lugar, en el sufrimiento que padeció Jesús cuando, siendo obediente a la voluntad del Padre, reparando así la desobediencia de la humanidad, "el pecado del mundo", se puso en manos de los hombres, que no aprovecharon para su bien esta gracia divina, sino que intentaron destruirlo con la mayor crueldad.

También, la contemplación de la cruz de Cristo nos ha de llevar a pensar en nuestra propia cruz, que hemos de llevar con paciencia y amor, si queremos seguir a Jesús en el camino de la salvación; estas cruces de cada uno reúnen el peso del dolor de las enfermedades, los disgustos de la vida y, sobre todo, la carga de nuestro propio ser, que se resiente de las cicatrices del pecado y se resiste a cambiar a mejor, según el modelo de Jesús.

Pero, finalmente, la cruz de Cristo es para nosotros el signo de su victoria sobre el pecado y la muerte, tal como aclamamos en la liturgia del Viernes Santo: "Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo. ¡Venid a adorarlo! No en vano, "la señal del cristiano es la Santa Cruz".



Dialogamos con la Palabra de Dios. Es el momento de contemplar a Dios. Tenemos ideas o imágenes sobre Dios pero, a través de esta Palabra, ¿cómo es el Dios del que nos habla Jesús? Al descubrirlo, nuestra mirada se transforma. El mundo, las personas y a Dios lo vemos de una forma distinta, a medida que leemos la Palabra de Dios.

En un lugar apartado, personalmente volvamos a leer el pasaje de la crucifixión de Jesús en Marcos (Mc 15, 21-47).

*“Imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en Cruz, hacer un coloquio: cómo de Creador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto, mirando a mí mismo, lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo, y así, viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se ofreciere”.*

*(Ejercicios de san Ignacio, punto 53 de la primera semana).*

## **¿Sentimos en los momentos de dificultad y de dolor que Dios no nos ha abandonado?**

¿Sientes hoy la Presencia de Dios? ¿Es fácil o difícil encontrarla, sentirla? Ya sea que sientes a Dios cerca o lejos, puedes entrar hoy en tu quietud, enfocándote en tu respiración. Es el aliento que recibimos de Dios. El aliento vivificante que te permite vivir, moverte y hacer tu voluntad, cada día, en la creación de Dios. Quédate unos momentos enfocado en tu respiración, sabiendo que te ha sido dada por Dios.

El Viernes Santo la Iglesia nos convoca a venerar la cruz cantando “Mirad el árbol de la Cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo” y “Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa Resurrección alaba-



*mos y glorificamos. Por el madero ha venido la alegría al mundo entero”.*

Confesar que Jesús dio su sangre por nosotros nos impide conservar alguna duda acerca del amor sin límites que ennoblece a todo ser humano. Su redención tiene un sentido social porque «Dios, en Cristo, no redime solamente la persona individual, sino también las relaciones sociales entre los hombres» (EG 178).





Este pasaje que hemos proclamado, ¿qué cambios introducirá en nuestra vida personal y parroquial? ¿Cómo vamos a poner en práctica las enseñanzas de Jesús?

Una nueva mirada sobre el dolor y los sufrimientos de los demás. Cristo Crucificado continúa en tantos crucificados hoy en día.

*Quando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene, pero allí mismo, si no somos ciegos, empezamos a percibir que esa mirada de Jesús se amplía y se dirige llena de cariño y de ardor hacia todo su pueblo. Así redescubrimos que Él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado. Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia (EG 268).*

No es tan fácil encontrar y reconocer los nuevos crucificados de hoy: las personas sin hogar, los jóvenes sin esperanza, sin trabajo y sin perspectivas, los inmigrantes obligados a vivir en las barracas en los márgenes de nuestra sociedad, después de haber padecido sufrimientos inauditos. Lamentablemente, estos campamentos sin seguridad son quemados y arrasados, junto con los sueños y esperanzas de miles de hombres y mujeres marginados, explotados y olvidados. Además, ¡cuántos niños son discriminados a causa de su origen, del color de su piel o de su clase social! ¡Cuántas madres sufren la humillación de ver a sus hijos ridiculizados y excluidos de las mismas oportunidades que tienen sus coetáneos y compañeros de escuela!<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Vía crucis del Santo Padre. Roma 19.4.2019.

## Señor Jesús,

Ayúdanos a ver en tu Cruz todas las cruces del mundo:  
la cruz de las personas hambrientas de pan y de amor;  
la cruz de las personas solas y abandonadas  
incluso por sus propios hijos y parientes;  
la cruz de los pueblos sedientos de justicia y paz;  
la cruz de las personas que no tienen el consuelo de la fe;  
la cruz de los ancianos que se arrastran  
bajo el peso de los años y de la soledad;  
la cruz de los migrantes que encuentran puertas cerradas por miedo  
y corazones blindados por cálculos políticos;  
la cruz de los pequeños, heridos en su inocencia y en su pureza;  
la cruz de la humanidad que vaga en la oscuridad de la  
incertidumbre y en la oscuridad de la cultura de lo momentáneo;  
la cruz de las familias rotas por la traición, por las seducciones  
del maligno o por la ligereza homicida y el egoísmo;  
la cruz de los consagrados que buscan incansablemente llevar tu luz  
al mundo y se sienten rechazados, ridiculizados y humillados;  
la cruz de los consagrados que, por el camino,  
han olvidado su primer amor;  
la cruz de tus hijos que, creyendo en ti y tratando de vivir de acuerdo  
con tu palabra, se encuentran marginados y descartados  
incluso por sus familiares y sus coetáneos;  
la cruz de nuestras debilidades, de nuestras hipocresías,  
de nuestras traiciones, de nuestros pecados  
y de nuestras numerosas promesas rotas;  
la cruz de tu Iglesia que, fiel a tu Evangelio, le cuesta llevar tu amor  
también a los mismos bautizados;  
la cruz de la Iglesia, tu esposa, que se siente continuamente atacada



desde dentro y desde fuera;  
la cruz de nuestra casa común que se marchita ante nuestros ojos  
egoístas y ciegos por la codicia y el poder.

Señor Jesús, reaviva en nosotros la esperanza de la resurrección y de  
tu victoria definitiva contra todo mal y toda muerte.

Amén.

(Francisco. *Oración tras el Vía crucis*. 19.4.2019)

Nos dirigimos a Dios. Después de la lectura del texto y la contemplación, un tiempo breve de silencio. Volver a leer personalmente el texto e invitar a una oración en línea con el pasaje proclamado. ¿Qué deseo decirle a Dios a propósito de este texto?

*Esta es la última oración de nuestro Maestro, de nuestro amado, que pueda también ser la nuestra, y no solo la de nuestro último instante, sino la de nuestros últimos instantes.*

*Cristo padeció por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas.*

*Él no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca. Él no devolvía el insulto cuando lo insultaban; sufriendo no profería amenazas; sino que se entregaba al que juzga rectamente.*

*Él llevó nuestros pecados en su cuerpo hasta el leño, para que, muertos a los pecados, vivamos para la justicia. **Con sus heridas fuisteis curados.** Pues andabais errantes como ovejas, pero ahora os habéis convertido al pastor y guardián de vuestras almas.*

*(1Pe 2, 20b-25)*



Jesús, tus últimas palabras desde la cruz nos las has dicho a todos.  
Me las has dicho también a mí.  
Déjalas que penetren en mi corazón.  
Bien profundo. En lo más hondo del alma.  
Para que las comprenda.  
Para que no las olvide, sino que las viva y sean siempre fuerza en mí.  
Un día, después de mi muerte, tú me hablarás personalmente a mí.  
Y esas palabras marcarán un comienzo eterno y un final sin fin.  
Oh Señor, concédeme que entonces, en mi muerte,  
pueda oír de ti palabras de misericordia y de amor.



La muerte de Jesús está relacionada con su predicación del Reino de Dios. Cuando tenía treinta años, empezó a predicar diciendo: «Se ha cumplido el plazo, está cerca el Reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1, 15).

Jesús anunció, con poder y autoridad, que el Reino de Dios estaba entrando en el mundo. No se contentó, como otros maestros religiosos, con explicar un libro porque lo que Él decía estaba sucediendo en sus palabras, obras y conducta, en su misma persona.

Jesús se preocupó de todos los que, excluidos de la comunidad religiosa judía y de sus grupos, vivían marginados, como los enfermos, los publicanos y los pecadores, niños y mujeres, que ocupaban un lugar secundario en la vida social; y el despreciado “pueblo de la tierra” que no podía cumplir todos los deberes religiosos impuestos por los maestros de la Ley. Jesús rompió esas barreras con una autoridad absoluta: comió con los publicanos y proclamó bienaventurados a los pobres. Así mostraba que Dios estaba llegando; cumplía sus promesas de reunir a su Pueblo, bajo su reinado, en los últimos tiempos y, a través de Israel, a todos los pueblos. Jesús, de modo especial, acogió y perdonó a los pecadores. Al hacerlo era Dios mismo quien acogía y perdonaba.

La vida humilde y su modo de concebir y presentar el Reino de Dios desconcertó, primero, y decepcionó, después, a muchos de sus oyentes. Todo esto hacía previsible un desenlace trágico en la vida de Jesús.

El Sanedrín y representantes de la diversos grupos del judaísmo de entonces (fariseos, escribas, herodianos y saduceos) conspiraron para condenarlo a muerte por blasfemo. Consideraron que Jesús se ponía a la altura de Dios, que manifestaba una filiación única respecto a Dios. Por pretender instaurar una relación, radicalmente nueva, del hombre con Dios.

Jesús, sin embargo, a pesar de ser consciente del peligro que le acechaba, se dirigió a Jerusalén, para anunciar la llegada del Reino de Dios en el corazón del judaísmo, allí donde el rechazo del reino, tal como Jesús lo vivía y entendía, había alcanzado su punto culminante.

En Jerusalén, las autoridades judías de aquel tiempo acusaron a Jesús de blasfemo, queriendo condenarlo a muerte.

Jesús murió sin duda aplastado bajo los poderes injustos de este mundo. Su muerte no fue el resultado del choque ciego de pretensiones de profeta con la justicia. Tiene un sentido más profundo para la fe cristiana: es una señal y prueba elocuente del amor de Dios a los hombres.

En la Última Cena Jesús declara el significado y consecuencias de su muerte inminente con sus palabras sobre el pan y el vino. Al entregar a su Hijo Jesús a la muerte y a una muerte de cruz, Dios llega hasta la extrema donación de sí mismo al mundo, extraño y hostil, alejado por Él por el pecado. Eso es su definitiva y suprema muestra de amor por la humanidad. Supone una seria y decisiva voluntad de entrar de veras en nuestro mundo injusto y brutal, de implicarse desde dentro y de exponerse, por consiguiente, al rechazo de la libertad de la persona.

Jesús experimenta la oscuridad de la muerte y aun el alejamiento de Dios que esta lleva consigo. Desde la cruz clama con voz fuerte: **«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»**. Estas fueron las últimas palabras de Jesús.

Pero, al tercer día...